

Reflexiones que es preciso hacer ahora

Hace ahora treinta años pronuncié una conferencia aquí mismo que, aunque tenía un título poco comprometido —*El momento presente*—, era un llamamiento al compromiso político, al compromiso de servir a Cataluña desde la política.

A la mucha gente que había estado haciendo país le llegaba la hora de hacer política. Llegaba la hora en que una forma de hacer país también era —y precisamente en aquel momento sobre todo era— hacer política.

Aquel llamamiento mío de enero de 1975 tuvo resonancia. Aunque desde 1939 se habían hecho muchos llamamientos para hacer política (política contra la dictadura y en defensa de la democracia y de las instituciones y la identidad catalanas), en enero de 1975 todo esto tenía un significado y una urgencia particulares.

Tal vez ahora entiendan por qué he querido volver al cabo de treinta años a esta misma sala de ESADE. Primero para hacer balance. Y el balance es bueno. El de la sociedad y el de la política. El de unos y otros, el del país en general.

Alguien puede decir —yo mismo lo digo— que no hemos alcanzado todas nuestras expectativas. En algunos aspectos estamos decepcionados. Yo mismo lo estoy. Y todos —yo el primero, ya que he sido presidente durante 23 años— tenemos que analizar lo que no hemos hecho suficientemente bien. Pero en resumidas cuentas y en términos generales todos podemos congratularnos del balance. Es bueno que lo hagamos, porque nos refuerza la autoestima y nos da confianza en nuestras posibilidades colectivas.

Hablo de balance en términos generales y muy brevemente, aunque es cierto que algún día tendré que hacer un balance de estos treinta años en un triple marco: personal, de CDC y de país. Y lo haré. Pero hoy no quiero hablarles de eso, sino del presente y del futuro.

Tal vez el orden lógico debería ser a la inversa de lo que hago: primero, un balance muy a fondo —partiendo de lo que dije hace treinta años, explicar qué he hecho y qué hemos hecho hasta ahora, y cómo se tiene que valorar, es decir, venir a rendir cuentas— y después hacer propuestas para el futuro. Pero me doy cuenta de que tengo la cabeza girada más hacia el futuro que hacia el pasado. Y estoy más preocupado por el estado de ánimo del país, por las actitudes de la gente, que por temas estrictamente políticos o económicos. Todo ello me hace pensar que lo que les voy a decir puede resultar poco atractivo. Poco excitante. Y puede parecer poco actual.

Porque ¿qué llama hoy la atención? Por desgracia, el Carmel. O el tema de la financiación catalana. O la última bomba de ETA. O el próximo viaje a Europa

del presidente Bush. Tanto es así que un amigo me aconsejó no dar ahora esta conferencia y me dijo: “Ahora lo que vas a decir no interesará”, y es probable que no interese mucho. Que no provoque ningún titular. “Defraudarás la expectación”. Pero es que mi parlamento de hoy no persigue objetivos inmediatos. Yendo bien, lo que hoy les planteo puede llegar a tener eficacia con el tiempo. Por lo tanto, ahora el momento es tan oportuno o tan poco oportuno como dentro de seis meses. En cualquier caso, les quiero hablar del presente y del futuro, pero no en términos inmediatistas.

No les puedo negar que el presente político de Cataluña me inquieta. Lo veo confuso. Contradictorio y demasiado dominado por la teatralidad. Aunque también es verdad que de ello podría salir algo positivo. De retruque, por una especie de rebote, existe la posibilidad, aunque cargada de incertidumbre — muy cargada de incertidumbre—, de dar un paso adelante en nuestro autogobierno. Pero yo ahora no les hablaré del nuevo Estatuto, ni de temas propiamente políticos. Si hace treinta años aquí mismo anuncié que personalmente pensaba actuar tan a fondo como pudiera en el campo político, ahora confirmo lo que ya he dicho hace meses: aunque no desapareceré del escenario político, he dejado de ser un político de primera fila y, tal vez, incluso de segunda fila.

Naturalmente no doy esta conferencia para decir esto. La doy para explicar que existen cosas que se tienen que hacer ahora, que se tienen que decir y sobre las que se tiene que reflexionar. Cosas que no son propiamente políticas y que no son espectaculares, ni llaman mucho la atención, y que tampoco tienen efectos inmediatos (cosas situadas más en el campo de las ideas, de los valores y de las actitudes), pero que acaban incidiendo mucho en la política, en la economía y sobre todo en el conjunto de la sociedad y del país. Y que si en esto no se trabaja, bien el país se atascará. Sí, se atascará. Y perderá confianza. Pues bien, tal vez sí que puedo contribuir a decir e incluso a hacer alguna de estas cosas.

La Cataluña de hoy es fruto —aparte de toda su trayectoria histórica de siglos— de todo el proceso del catalanismo, de la guerra civil y de sus consecuencias, del largo y penoso periodo de la dictadura, pero también del esfuerzo de supervivencia que en todos los sentidos hizo Cataluña. De la evolución de las ideas y también de la realidad social, demográfica y económica de los últimos 70-80 años. De todo el proceso propiamente catalán, pero también del proceso español de restauración democrática, del restablecimiento de la Generalitat, de más de 23 años de Gobierno nacionalista, de cambios profundos durante los últimos años en Cataluña pero también en toda Europa.

Después de todo esto, Cataluña vive un momento particular. Vive una situación política diferente. La vive diferente en la propia Cataluña, pero también en España, y en el marco de una evolución general europea problemática. Vive bajo los efectos tecnológicos revolucionarios y también económicos de la globalización. Se enfrenta a un reto potentísimo, que puede afectar mucho a su modelo social y más todavía a su identidad como país, que es la inmigración. Vive en un marco de ideas y de sensibilidades cambiantes. Todo junto configura un momento extremadamente decisivo y complicado. Probablemente lleno de promesas, pero también de riesgos. Porque somos un país pequeño, con poder político insuficiente, y por tanto, poco protegido. Por ejemplo, nos resulta muy difícil actuar de forma lo bastante eficaz en el tema de la inmigración. O bien evitar el expolio económico a que hemos estado sometidos. En cambio, a pesar de todo ello, todo el siglo XX y también el XIX son testimonio de una creatividad y de unos logros excepcionales por parte de los catalanes. Existe en Cataluña un fondo de creatividad y una consistencia que han hecho posible un desarrollo importante, cultural, económico y social, y que más allá de esto han hecho posible que produjera un modelo de país positivo. De hecho, somos un país de éxito. No tendríamos los problemas políticos que tenemos, ni seríamos objeto de tanta vigilancia ni recibiríamos a tanta inmigración si como economía y como sociedad fuéramos un fracaso.

Sería temerario querer escondernos a nosotros mismos todo el riesgo que corremos. Pero no tendría sentido que renunciáramos a la otra cara de la moneda. Es decir, a la autoestima a la que tenemos derecho y consecuentemente a la confianza y a la ambición. Y que no pusiéramos en ello el acento. Pero todo junto puede salir bien a condición de que el país tenga buenas ideas, valores sólidos y actitudes positivas y dinámicas.

Pero lo que sucede es que para dar esta respuesta tenemos que poner al día nuestros instrumentos de orden intelectual y nuestra manera de ver y sentir nuestra sociedad y nuestro país. Porque el pensamiento dominante ahora en Cataluña no es idóneo para dar esta respuesta.

No lo es entre otras cosas porque no da prioridad a Cataluña, porque no es resultado de un esfuerzo original y propio, y porque es fruto de una concepción *light* del país y de la sociedad. Y de la persona.

El pensamiento actual dominante y políticamente correcto no nos salvará. Ni nos proyectará. Ni evitará que nos atasquemos.

Los retos que tiene que afrontar Cataluña, como cualquier país inmerso en la globalización económica, los flujos migratorios y el desarrollo vertiginoso de la tecnología en todos los campos, no encontrará una sociedad con los valores y las actitudes adecuadas, porque esta sociedad está secuestrada por las estrategias teatrales que exige el juego social del quedar bien con todo el mundo y no perder emocionalmente el valor de las utopías.

Y de aquí surge el muy alto grado de insinceridad que existe en nuestro mundo político sobre todo, pero también en el mediático, e incluso a veces en el académico. Se dicen y se proclaman cosas en las que no se cree. O se cree lo contrario de lo que se dice. Y de lo que se hace.

Y ello pasa en cuestiones muy determinantes de nuestro futuro: en enseñanza, en inmigración, en política de familia, en medio ambiente, en general en el tema de los valores, en cuestiones de solidaridad, en política energética, incluso en política de vivienda, etc. Existe demasiada ficción en el discurso y en la actuación públicos. Y demasiados condicionamientos, demasiada presión, demasiado miedo a decir lo que se piensa.

Tal vez habrá quien piense que lo que digo es exagerado. Ya me gustaría que mi discurso escandalizara a alguien. A más de uno. A muchos. Y todavía sería mejor que se interrogaran. Pero me temo que ello no sucederá. Pero llegará un día en que tendremos que hacerlo. Porque si no, contribuiremos al fracaso colectivo.

Entenderán fácilmente lo que quiero decir con un ejemplo real. Se me acerca un político muy importante y en privado me dice: "Si no frenamos el movimiento ecologista, el país se atascará" (más exactamente me dice "están atascando el país"). Pero se da el caso de que este político, y los suyos, han estado promoviendo todo tipo de protestas y plataformas ecologistas contra casi todo: carreteras, líneas eléctricas, parques eólicos, vertederos, obras de regadíos, pistas de esquí, polígonos industriales o cualquier fabriquita, etc. y todavía ahora a veces lo promueven. En público no dice lo que dice en privado. Ni actúa consecuentemente.

Esto es el pan nuestro de cada día. Pasa cada dos por tres. Con gente de la que no te lo esperas. Y es esto lo que tenemos que combatir.

Tenemos que trabajar claramente por la elaboración de un pensamiento independiente del pensamiento repetitivo y acomodaticio que impera. Un pensamiento valiente. No miedoso. Y trabajar por que mucha gente que ahora no se atreve a defenderlo y a actuar consecuentemente, lo haga.

Tiene que ser un pensamiento político. Político en el sentido amplio de sociedad. Por tanto, también económico, histórico, cultural, social, etc. Pero que desemboque en la política.

Hay que decir que esto es así porque la crítica contra cualquier afirmación no del todo políticamente correcta es inmediata y fulminante. Yo lo he experimentado muchísimas veces. Por ejemplo, cada vez que decía que las Administraciones y los maestros tienen una responsabilidad grande en la enseñanza y en la formación de niños y jóvenes, pero que la responsabilidad

principal es de los padres, era objeto de un crítica muy dura desde sectores políticos, mediáticos y a veces sindicales. Por esto, cuando ahora hace poco quise otra vez recordar la responsabilidad de los padres lo hice citando literalmente una frase de Saramago, que lo dice. Como que Saramago, aparte de Premio Nobel, es muy de izquierdas y había sido comunista estalinista nadie rechistó. Yo he tenido que emplear en muchas ocasiones esta técnica hablando de enseñanza, de medioambiente, de política de población, de política de familia, etc.

Es mala señal, para mí y para la sociedad, tener que recurrir a esta estratagema. Quiere decir que el pensamiento único políticamente correcto ahoga demasiado. Por experiencia sé que puede llegar a ahogar incluso la acción del Gobierno

Son muchos los temas concretos sobre los que este pensamiento tiene que trabajar. Temas muy prácticos y temas más teóricos (que a la larga pueden tener una implacable eficacia).

Entre los más teóricos quiero dedicar unas palabras al tema de los derechos individuales y colectivos.

Algunos de los problemas políticos que ahora tenemos, en España y en Europa, se deben en parte al criterio dominante en el campo de la doctrina política y social que valora muy acentuadamente los derechos individuales y poco los colectivos, y en general valora poco los deberes. Esto es así en gran parte del pensamiento europeo, y más todavía en Cataluña. En relación a esto se introduce el concepto de desvinculación. Desvinculación quiere decir que los individuos no se sienten vinculados a nada que no sean ellos mismos. A su realización personal e incluso en términos muy inmediatistas. El sentido del bien común y de responsabilidad colectiva quedan muy debilitados y la preocupación por el futuro desaparece. Además, se tiende a la supresión de lo que colectivamente existe y puede existir entre el Estado y la persona. La persona se convierte sólo en un sujeto individual de derechos y deberes jurídicos, y un receptor de servicios, desvinculado de un contexto colectivo cultural, social y de relación humana.

Y la política deja de estar al servicio del interés general y se convierte en una técnica de oferta de servicios. El político se convierte en un vendedor de servicios y el ciudadano se convierte simplemente en un consumidor de servicios.

Decía que desaparece la preocupación por el futuro. En un manifiesto que Helmut Schmidt y unos cuantos intelectuales y políticos alemanes dirigieron al pueblo alemán en 1992, se acusaba a éste de lo que llamaban "la descarga del futuro". La gente se descargaba del futuro. No era cosa suya. Los autores

decían: “La negación de los intereses de futuro se ha convertido en una amenaza para la existencia”. Esto también sucede aquí.

Todo esto nos lleva a hablar de otro concepto vital para nosotros que es el de la identidad. Muy justamente un escritor catalán contrastaba hace poco el concepto de ciudadanía basado en la igualdad de derechos y deberes como única base de convivencia con el de identidad, que considera necesario que exista además sentido comunitario y voluntad de construir un patrimonio común. Naturalmente que la identidad no puede prescindir del juego de derechos y deberes, pero añade un vínculo de sentimiento de lealtad colectiva y de solidaridad humana que le da mucho más peso y densidad, lo que hace que cuando sólo existe ciudadanía la reclamación de los derechos es muy fuerte, pero mucho menos el cumplimiento de los deberes. Porque aquel sustrato de lealtad y solidaridad del que les hablaba es mucho más débil.

Por cierto, ha sido una pena que la redacción de la Constitución europea se haya producido en un momento en el que hombres como H. Kohl y J. Delors ya no tengan la influencia que tenían hace diez años. Ellos habrían podido contrarrestar la tendencia estatalista e individualista que ahora domina. Veán, por ejemplo, lo que decía hace pocos días el ex canciller Kohl: “La UE no es una simple asociación de ciudadanos sino una asociación de países que respetan todas las identidades” y reclamaba el derecho a ser, además de alemanes y europeos, bávaros.

Pero en un país de las características del nuestro, hay que reforzar constantemente la cohesión, el sentimiento colectivo, la voluntad de que exista una comunidad real. Y un generador muy capital de la cohesión, al tiempo que una manera de responder al juego de derechos y deberes propios de una sociedad justa, es lo que se llama el Estado del Bienestar, que se ha aplicado intensamente desde la transición democrática y en Cataluña sobre todo desde la restauración de la Generalitat de Cataluña. Pero éste es un tema que en toda Europa reclama un debate franco y que en Cataluña forzosamente tendrá unas características propias.

El Estado del Bienestar no es sólo un conjunto de servicios y de medidas al servicio de los ciudadanos, de su salud, de su formación, de su vivienda, de protección frente a la vejez o la discapacidad, o de garantía de una buena enseñanza. Además es toda una concepción social. Incluso es toda una concepción de la persona. En realidad el Estado del Bienestar no es nada más que aplicar unos valores humanistas a la organización de la sociedad (y de rebote de la economía), pero en Cataluña responde además a la necesidad de dar cohesión a un país diverso y sometido a fuerte presión.

Ahora bien, todo ello plantea problemas de sostenibilidad. Primero, de sostenibilidad desde el punto de vista económico. Es el tema de las reformas sociales sobre las que ahora tanto se habla en Europa. De las reformas

sociales que está haciendo Alemania. Personalmente creo que en España y en Cataluña hay más margen que en otros países europeos para mantener y mejorar todavía el Estado del Bienestar. Tal vez me lleve a pensar esto mi propensión de siempre a ser antimaltusiano, y en nuestro caso a creer que durante un tiempo seguiremos teniendo un crecimiento superior al europeo. Pero también refuerza esta idea, sin duda, la necesidad que tenemos de seguir creando cohesión social.

Ahora bien, también hay un problema de sostenibilidad desde el punto de vista de los valores personales y cívicos. En principio el Estado del Bienestar tendría que mejorar, no sólo la condición social de la gente, sino también su condición cívica. No es un tema menor. Se trata de evitar, como dicen ya los escandinavos, que el Estado del Bienestar acabe embotando el sentido de responsabilidad de la gente. Y justamente la sociedad que tenemos que construir desde ahora es lo contrario de esto, debe tener como objetivo muy principal estimular el sentido de responsabilidad de la gente. Ahora se tiene que ir hacia lo que ellos llaman la sociedad responsable.

Y puestos a hablar del Estado del Bienestar es bueno recordar lo que ya en muchos países de Europa se acepta, pero aquí todavía no: que sin familias sólidas el Estado del Bienestar entrará en crisis. Y el progreso general del país se resentirá. Por ello hay quien dice, y yo también, que priorizar una buena política de familia es hacer una política de progreso y que no hacerlo es reaccionario. Es decir, es ir contra el progreso general y la cohesión social. Parece que queramos esconder la familia porque no va con los nuevos tiempos. Pero la familia es el motor de la construcción social. La familia es la principal infraestructura de la sociedad. Por ello uno de los objetivos políticos ahora en Cataluña tiene que ser que la legislación española, más decisiva en esto que la catalana, pero también la nuestra, y sobre todo una financiación menos asfixiante, nos permitan reforzar mucho la política de apoyo a la familia en Cataluña.

Todo lo relativo a enseñanza y formación también forma parte de aquello que da consistencia a un país. En primer lugar, porque es un instrumento muy principal de promoción personal, y tengan bien presente que la posibilidad de promoción personal y familiar es un ingrediente básico de cohesión y de espíritu de colectividad, aparte de ser también un factor muy principal del progreso general de un país. Por eso me refiero a ello, pero también porque en Cataluña es en la enseñanza donde el pensamiento políticamente correcto ha causado más desconcierto. Y donde el doble lenguaje al que antes me refería es más frecuente. Durante un tiempo, modernidad equivalía a experimentar en el campo pedagógico para superar la excesiva rigidez que había sido el eje de la educación en la etapa de la dictadura. La reacción nos llevó a confundir los métodos con los contenidos. La disciplina y la dinámica del esfuerzo fueron rechazadas de plano. La experimentación pedagógica ha potenciado la creatividad y la iniciativa, pero nos hemos alejado de valores imprescindibles

para tirar adelante cualquier proyecto, no ya pedagógico, sino de vida, como la moral del esfuerzo, la jerarquía, la responsabilidad. Esto ha tenido efectos negativos en la enseñanza y de rebote en la sociedad. Nadie o casi nadie durante años se ha atrevido a desafiar a la crítica a veces frontal, otras sarcástica, pero siempre durísima, que cualquier discrepancia en el pensamiento pedagógico dominante ha desencadenado.

Todo ello ha contribuido a un desconcierto que ha perjudicado seriamente a la formación de las generaciones jóvenes y finalmente a la solidez de la mentalidad colectiva.

Se tienen que mejorar ciertas cosas en nuestra política de enseñanza. Pero no volvamos a buscar la salida fácil de sólo pedir más dinero. Es necesario más dinero, pero el propio informe PISA dice que con el dinero que España invierte en enseñanza los resultados tendrían que ser mejores. Por tanto, hay algo más que no funciona, está claro que hay que cambiar las leyes, aunque debo hacer constar honestamente que en su momento CiU también las votó, y la mentalidad (la que antes he descrito de poca moral del esfuerzo, rechazo de la jerarquía, etc.).

Me he referido antes de pasada al tema medioambiental. Es uno de los temas estrella de nuestra sociedad. Responde a una sana y necesaria reacción contra los abusos y la inconsciencia a la que tenía que llegar nuestra sociedad. Sólo es preciso recordar el desastre ecológico y humano que ha habido en los antiguos países comunistas donde el productivismo extremo, conducido sin exigencia técnica y sin el freno de la opinión pública y del ejercicio democrático, llevó a una situación catastrófica para comprender hasta qué punto la reacción ecologista era necesaria. Pero sin ir tan lejos sabemos que también aquí se había llegado a situaciones alarmantes. A grandes disparates. A grandes disparates hasta hace bien poco. Por lo tanto, era precisa una fuerte reacción de signo ecologista. Pero con el tiempo este movimiento ha producido una ideología extremadamente radical y se ha llegado a unos planteamientos que ni son racionales ni son coherentes, y que se han convertido en muchos aspectos y en muchos casos en negativos. Que como decía aquel político, desde su insinceridad a la que antes me he referido, frenan peligrosamente el país. Pero estos excesos son aplaudidos y estimulados por partidos políticos y por muchos medios de comunicación con un apasionamiento y una capacidad de presión impresionantes. Y como ya he explicado antes, a menudo con mucha insinceridad, con espíritu manipulador. Todo ello hace necesario tener la valentía de separar el grano de la paja en el movimiento medioambientalista, es decir, promover una política medioambiental eficaz y racional pero no fundamentalista ni tampoco utilizada como arma de desgaste político. (Y a mí me complace poder decir esto recordando que mi gobierno cumplió con creces los plazos que la UE nos había puesto para el cumplimiento de la política de depuración de aguas y que fue el primero en todo el Estado en crear un departamento de Medio Ambiente).

En un repaso como éste de los temas básicos para la necesaria renovación de nuestro pensamiento de país es completamente necesario hablar de la inmigración. Por dos motivos principales.

Primero, porque es evidente que representa un reto extraordinario para nuestra identidad, para nuestra cohesión, y para nuestra convivencia. También responde a dos hechos objetivos de gran magnitud que son: el desequilibrio demográfico, económico y de desarrollo que existe en el mundo, y las necesidades laborales de Cataluña y en general de toda Europa. Es un fenómeno de mucha trascendencia que incluso a países grandes con Estado propio y con todo tipo de recursos les cuesta mucho manejarlo bien.

¿Qué tenemos que hacer? En los temas de población y de inmigración Cataluña ha trabajado siempre en términos de integración, vertebración e identidad (identidad en términos no sólo de pasado sino de proyecto y de futuro) y en términos de asunción de derechos y deberes. Y también, siempre, con propuestas de política de desarrollo de los países de origen de la inmigración. Y hemos subrayado el valor capital de la cohesión, de la convivencia y de la promoción de las personas y de las familias, es decir, los aspectos profundamente humanos de la cuestión.

Es preciso seguir trabajando en estos conceptos teniendo presente que han aparecido hechos nuevos: nuevas inmigraciones, sobre todo, y una inquietud social cada vez más elevada. Y conceptos que pueden representar un riesgo para Cataluña en tanto que pueblo y nación, como son la multiculturalidad, el relativismo radical, etc. El segundo motivo que mencionaba es que en medio de todo esto se abren perspectivas muy preocupantes a través de un pensamiento políticamente correcto muy orientado de hecho hacia la dimisión colectiva. Con un grado muy alto de aquello que he dicho del doble lenguaje y de capacidad de presión política y mediática.

En el fondo de buena parte de lo que estoy denunciando subyace una actitud antisistema, alimentada por diversas sensibilidades y diversas corrientes de pensamiento. Una actitud antisistema puede ser buena o conveniente pero a condición de que sea capaz de formular una propuesta.

Pero lo malo es también que por miedo o por ganas de quedar bien, no se sabe con quien, estas actitudes antisistema reciben apoyos inverosímiles, como el que durante mucho tiempo ha recibido el movimiento okupa por parte de gente de muy alta responsabilidad política.

Hay muchas cosas defensibles en la crítica al sistema pero hasta hoy el movimiento no ha logrado trascender el campo de la trasgresión sin propuesta.

Lo que lo hace más distorsionador que eficaz y actúa más como freno que como motor.

Todo esto que he estado comentando, es decir, la moral de la desvinculación, el encogimiento y el miedo ante los grandes problemas, la moral del no esfuerzo, la insinceridad, la renuncia a preocuparse del futuro y el desánimo ante los grandes retos, ha llevado a una crisis del sentido de la responsabilidad, tanto personal como colectiva. Se da una crisis profunda del concepto del bien común y existe una dificultad grande, como decía, para plantear temas cruciales de futuro. Sólo cuenta el presente. Se da una hipertrofia de reclamación de derechos y un rechazo, un pasar a hurtadillas en lo relativo a los deberes, es decir, a la contribución del interés general. Todo ello pone en peligro desde el Estado del Bienestar hasta el futuro de las nuevas generaciones o el papel de Europa en el mundo, porque hay que decir que muchos de los problemas que plantea no son exclusivamente catalanes sino que se dan en muchos países de Europa, a veces incluso más que en nuestro país.

Por lo tanto, es necesaria una pedagogía de la responsabilidad. Hay que reforzar la moral de la responsabilidad, y es preciso combatir la moral de la desvinculación, es decir, de no sentirse vinculado a nada. No sentirse deudor de nada. No sentirse obligado a nada, excepto hacia uno mismo.

Una sociedad con un sentido del bien común muy debilitado no puede ir bien. Sin dicho sentido se va creando una sociedad en constante protesta e insatisfecha, incluso la que vive en un marco de bienestar. Con más elementos materiales y mejor posicionamiento social que nunca. Que incluso tiene cualidades muy positivas. Pero de la que ni las personas ni la propia sociedad sacarán buen provecho.

Por lo tanto, si hay algún objetivo que vale la pena fijarse ahora es éste, el de la sociedad responsable. Se habla de sociedad de bienestar, y está bien. De sociedad de progreso. También está bien. De sociedad lúdica. Bien, según y como. De sociedad opulenta. También bien, según y como, pero lo que realmente necesitamos es una sociedad responsable. La educación en la responsabilidad con todas sus consecuencias tiene que ser un objetivo muy principal de nuestra sociedad, desde la escuela a los medios de comunicación, desde el mundo intelectual al político. Y no lo hacemos.

No es preciso que insista mucho en el papel que en todo esto tiene que desempeñar la sociedad civil.

Es habitual decir que Cataluña tiene una sociedad civil consistente. Y es verdad. Además siempre se ha considerado que la sociedad civil catalana tenía

que desempeñar un papel especialmente importante debido al déficit de poder político que tiene Cataluña. Pero precisamente por todo ello es preciso que tenga claro su proyecto de país, su cohesión, su liderazgo, su ambición. Especialmente por todo ello tiene que ser ejemplo, modelo y motor de lo que he dicho de la sociedad responsable.

Y por lo tanto una cosa debe tener en cuenta la sociedad civil. Corre el peligro de que a veces defienda más los intereses sectoriales o particulares que el interés general. Y es lógico porque es muy diversa. Pero precisamente por esto he dicho hace un momento que es preciso que haga un esfuerzo de definición de su proyecto de país y de sociedad y que consolide su cohesión y su liderazgo.

Y también debe tener en cuenta otra cosa: la sociedad civil no puede tomar según qué decisiones o tirar adelante según qué proyectos. Por ejemplo, a menudo no puede decidir entre intereses contrapuestos. Lo tiene que hacer la política organizada. Y tal vez sea ahora el momento de decir que el que yo me retire de la política no significa que no siga considerando indispensable que todas las personas que sean necesarias, y las mejores, se dediquen a ello.

Otra cosa por la que todos hemos de velar es por el estado de ánimo del país. Tal vez mi discurso no haya ayudado hasta ahora a levantar el estado de ánimo, sino todo lo contrario.

Y he sido consciente del riesgo que corría haciéndolo. Pero ustedes entenderán que hablar de estos temas en los términos en que lo hago —lo que me valdrá más críticas que elogios—, sólo se puede hacer si se ve claramente la necesidad. Y la necesidad existe. Porque se nos viene encima un gran reto. Lo tenemos ya encima. Y se puede conseguir. Si se tiene un espíritu combativo —que lo tengo— y si se cree que realmente se pueden crear un pensamiento y una moral que realmente nos pueda hacer ir hacia adelante —que lo creo—. Simplemente, si se cree en el país —que lo creo—.

En sus últimos discursos como Presidente de la República Federal alemana Johannes Rau ha insistido en que uno de los problemas que ahora tiene en su país es la *Stimmung*, el estado de ánimo, que según él no es suficientemente bueno. Un buen estado de ánimo es necesario para que un país vaya hacia adelante.

Durante un montón de años el estado de ánimo catalán ha sido bueno en general. Pero ahora nos hemos de preguntar si lo sigue siendo o no.

En primer lugar creo que ahora existe un punto de inseguridad, de interrogación y de inquietud. En algunos sectores puede contribuir a ello la nueva situación política. Pero seguro que en ello intervienen otros factores. Existe una cierta confusión (incluso el tema de la reforma del Estatuto se está

planteado en términos confusos). Ha decepcionado la forma como ha evolucionado el tema europeo, que era una esperanza. Los últimos años de Aznar han producido depresión y los primeros meses de Zapatero de momento han creado un poco de esperanza, pero más bien perplejidad. Y el mensaje intelectual y de valores que llega ni nos empuja ni nos orienta. Además, como les decía, todo ello concuerda bastante con un estado de ánimo europeo también poco estimulante.

Tengan en cuenta que hace pocos días se ha publicado el informe elaborado por el conjunto de prefectos de toda Francia sobre las actitudes de los franceses. Es un informe devastador, tanto que no me lo acabo de creer. Dice textualmente “les français ne croient plus en rien”, y están dominados por el miedo, la apatía y la “sinistrose”, palabra ésta de traducción difícil pero que suena mal. Hay que decir —y conozco Francia un poco— que no me puedo creer que estén tan mal, por más que lo digan todos los prefectos de Francia. Pero seguro que el estado de ánimo no es bueno.

Les quiero avanzar que mi conclusión es que en Cataluña estamos mejor, francamente mejor en esto, que en Francia y Alemania. Pero de todas formas nuestro estado de ánimo —*Stimmung* o *mood*— requiere atención. Y sobre todo requiere tres cosas. La primera, encontrar satisfacción en lo que somos. Creer en lo que somos, y en lo que podemos ser, y en lo que podemos hacer. La segunda utilizar bien lo que tenemos, y valorarlo. La tercera, perfeccionar lo que tenemos.

En 1928, Vallès i Pujals escribió un libro muy sencillo pero pedagógico titulado *Elogi de Catalunya*. A mí me ayudó a querer el país y a ser catalanista. Y a ponerme a su servicio. Ahora, con más profundidad y con rigor, habría que escribir otro.

Se podría titular *Elogi de Catalunya* (Elogio de Cataluña) o *Ambició de Catalunya* (Ambición de Cataluña), o todo junto. Porque aunque estoy seguro de que alguno me recriminará los acentos críticos de mi discurso, no les sorprenderá si les digo que me siento satisfecho de ser catalán, que tengo experiencia en la utilización de lo que tenemos —y sé que no es poco— y que sé que se puede perfeccionar, y por lo tanto creo que iremos hacia adelante.

A través de un nuevo Estatuto, a través de una financiación mejor o a través de una buena evolución política y económica, nuestra y de toda España y de toda Europa. Pero sobre todo a través de una buena motivación, de un buen proyecto y de una sociedad catalana muy responsable. La sociedad responsable, como decía.

Este libro —*Elogi de Catalunya* o *Ambició de Catalunya*—, también podría tener todavía otro título, *Missatge de Catalunya* (Mensaje de Cataluña).

En el campo de la convivencia, o de la capacidad de combinar identidad e internacionalización, o de la calidad de vida, o de la respuesta a las inmigraciones que habitualmente recibe, así como en otros campos ¿puede Cataluña ofrecerse como referente? Yo creo que sí.

El catalanismo —o tal vez simplemente Cataluña— siempre ha tenido la necesidad de formular y transmitir un mensaje que le trascendiera. Siempre ha querido hacer llegar su voz, y su mensaje, más allá. Ha querido dirigirse a España, o a Europa, o al Mundo. O a la Historia.

Esto puede resultar casi conmovedor a la vista de como después a veces van las cosas. Y alguien puede decir que es ridículo. Pero como mínimo por tres razones es bueno que no renunciemos a esta vocación. En primer lugar, porque no es cierto que nuestro mensaje no tenga ninguna repercusión. Segundo, porque tener que elaborar y propagar un mensaje para uso externo nos obliga a hacer un esfuerzo de calidad. Tercero, porque este esfuerzo nos da vida y sentido, y nos da identidad.

¿Qué mensaje puede elaborar y dar Cataluña en estos momentos? Existe el peligro de que sea un mensaje inspirado en el ambiente dominante ahora en Cataluña, evidentemente política e intelectualmente correcto.

Pero este mensaje no tendrá ningún interés. Porque es a su vez subsidiario, una copia de un pensamiento general y también correcto y agotado. Muy correcto, eso sí.

Es lo que ha pasado con el Forum. Ha sido un éxito urbanístico y, en cierto modo, ha hecho que se hablara de Barcelona. Por lo tanto no hablo de ello con espíritu crítico. Pero como mensaje ha pasado inadvertido porque ha importado un pensamiento político e intelectual desorientado y confuso.

Tenemos que ser y podemos ser más ambiciosos. Ya que nos jactamos tanto de la creatividad que decimos que tenemos, seamos capaces de inventar a partir de nuestra realidad más sólida, que es lo que les decía: la identidad, pero también la idea de la *welcome society*, la calidad de vida pero también la ambición económica, la diversidad pero también la cohesión.

Todo el mundo está llamado a trabajar sobre estos temas. Y es urgente. Ya existe demasiada gente que sobre muchísimos de los temas que he mencionado dice una cosa en público y otra en privado. Consciente, y lo dice, de que las decisiones que se toman, o que no se toman, como consecuencia de esta especie de pereza y de miedo son perjudiciales para el interés general. Malas para la sociedad y para el país.

Yo soy uno de los muchos que pueden hacer su contribución a ello. Por no tener demasiada responsabilidad política —y todavía menos responsabilidad

institucional— y sobre todo por no tener necesidad de arañar votos ni de quedar bien con nadie, tal vez lo podré hacer con más libertad que otros. Lo que pueda hacer de ahora en adelante será mucho más modesto que lo que he hecho durante los últimos treinta años. Por lo tanto, así como la conferencia de 21 de enero de 1975 ha sido recordada por lo que significó de inicio de una actividad política importante, la de hoy no tendrá tanta resonancia. O ninguna. Pero ustedes saben que como está escrito en el Eclesiastés, hay un tiempo para cada cosa. Un tiempo para luchar y un tiempo para amar, un tiempo para trabajar y un tiempo para reposar, un tiempo para pedir y un tiempo para dar. Lo importante es hacer bien lo que en cada momento toca hacer y, en mi caso, lo que el país necesita y puede esperar de mí. Con aquella mezcla que decía de modestia y autoestima.

Su presencia aquí esta noche me anima y me alienta.

Autor: Jordi Pujol
ESADE. 14 de febrero de 2005.